

PRIMERA BÚSQUEDA DE EMILIO PRADOS, CON MÁLAGA AL FONDO

ÁNGEL MANUEL GÓMEZ ESPADA

Los lectores de poesía debemos de estar de enhorabuena con la publicación de la primera etapa de Emilio Prados. Tres libros, que en su día aparecieron gracias a *Litoral*, son los que, bajo el atento cuidado del catedrático Francisco Javier Díez de Revenga, llegan hasta nuestras manos hoy¹.

En la poesía de estos tres libros, ahora editados conjuntamente con indudable acierto, sienta el malagueño las bases de lo que será toda su producción posterior: una constante búsqueda de lo absoluto a través de la palabra. Una búsqueda que desea verse reflejada en el poema, que provoca una progresiva interiorización y que, por ello, cada vez se irá haciendo más hermética, conforme se radicalice el anhelo del poeta por encontrarse en el poema, por responderse a través de él.

Por lo tanto, es lógico que haya en estos primeros poemas un inicio, el comienzo de esa andadura, de esa búsqueda. La simbolización que se produce es constante y, prácticamente, se desarrolla en esta etapa poética en la dualidad cuerpo-alma, en un permanente tira y afloja entre los dos elementos del poeta, que no sabe a cuál de ellos darle más entidad y credibilidad. Dependerá del estado de ánimo del poeta que el cuerpo venza o sucumba ante el alma, que el barco (pues ésta es una de las imágenes más repetidas en sus poemas) llegue a buen puerto o no. Al igual que Antonio Machado en sus *Soledades* se valía del símbolo de la tarde para comunicarnos su estado de ánimo, su negritud o su alegría, así acudirá Emilio Prados a la contemplación de la naturaleza como testigo exterior y equivalente de su mundo interior, de sus derivas y sus temores.

En 1925 la Imprenta Sur, fundada por Prados y Altolaguirre, publica su primer número: *Tiempo*, de Emilio Prados, una veintena de poemas que hablan de un desengaño amoroso que aún perdura y acumula desasosiego en el alma del poeta.

Son poemas con su ciudad al fondo, con el mar de Málaga como paisaje exterior, como intermediario entre la naturaleza y lo que el poeta desea encontrar en ella. Málaga

1. Emilio Prados: *Tiempo. Canciones del Farero. Vuelta*, Edición de Fco. Javier Díez de Revenga. Biblioteca Nueva. Madrid, 1999. 232 páginas.

en la poesía pura de Prados es una utopía, un *beatus ille*, un símbolo que representa el mar, la belleza, el amor (aquí el desengaño) la pureza, la libertad... Esa visión de la ciudad idílica se comprueba en poemas como «Media noche» [p. 106]: «Duerme la calma en el puerto / bajo su colcha de laca, / mientras la luna en el cielo / clava su dorada ancla». El poema es el instrumento del que se servirá Prados para prolongar el brillo o la belleza que emanan los objetos reales (el puerto, el mar, el barco, la playa, el agua y todo lo que compone la ciudad).

Sin embargo, ese intento de reflejar en el poema la naturaleza no está basado en una somera descripción, sino en el poder de la imagen, en la idealización de esos paisajes. Acudirá, por tanto, el poeta malagueño, como así lo hicieron sus compañeros de generación, a la greguería, al poder de la imagen ultraísta, el cromatismo del cubismo. Así, en «Atardecer» [p. 122]: «Mientras la tarde destejía el agua, / el sol iba nadando por el cielo, / como un pato de ámbar» También en «Noche» [p. 97]: «El sol, como un espejo, / por un lado es brillante / y por el otro negro».

El tema de la noche, del sueño, de lo hipnótico es recurrente en la primera poesía pradiana, lo que le acerca al surrealismo que comenzaba a realizarse en Francia y que extenderá en 1927 con la aparición de *Vuelta*.

Pero antes, en 1926 publica en *Litoral* sus *Canciones del farero*. Siete poemas que se suponían el anticipo de un poemario mucho más extenso, pero que, finalmente, no vio la luz. Como explica Díez de Revenga en su nota a la edición, «fue un proyecto de libro poético anunciado por Prados como suplemento de *Litoral*, pero sólo llegó, como sabemos, a publicarse la primera parte» [p. 64]. En esta edición de Biblioteca Nueva, el catedrático murciano ha reunido las otras dos partes -«Canciones de ultramar» y «El telar y el peine»- que, al parecer, englobarían el poemario *País*.

En estos poemas, la conexión del poeta con el mar se hace mucho más evidente. El farero opta por una posición privilegiada para contemplar y representar la naturaleza desde su atalaya particular. La perspectiva, forzosamente, ha de ser distinta y así, el mar se presenta con todos los elementos complementarios: cielos, nubes, luces, reflejos cromáticos... Como Alberti, Juan Ramón o Aleixandre, Emilio Prados crea su particular visión del mar. La intención de Prados es conseguir no cantar la hermosura del paisaje, sino recrearlo, darle vida de nuevo a través del poema, de las imágenes vanguardistas, que van más allá de una simple representación metafórica, que traspasan lo anecdótico, que no desaparecen como el chispazo imaginativo o icónico del ultraísmo.

Al igual que le ocurre al *Altazor* de Huidobro -obra cumbre del creacionismo- en su descenso en paracaídas (su perspectiva varía según avanzan los cantos y *Altazor* desciende), Emilio Prados varía su perspectiva conforme avanzan sus poemas, puesto que se produce una interiorización, como vemos en la canción cuarta, donde «desde el balcón más alto / de mi faro, / pesco con caña» en la primera estrofa y en la última lo hará «desde el balcón más hondo / de mi torre» [p. 138].

Vuelta se publica en 1927. Es éste el libro más unitario de los tres, el más redondo. En él, Prados ha puesto más esmero estructural que en los anteriores. Además se comprueba que, a pesar de mantener una temática marinera, ésta va variando, pues el marinero ya no se halla cómodo en la búsqueda, sino que comienza a desesperarse. De ahí que el libro se vertebre en una sucesión de seguimientos y ausencias, donde la única búsqueda que queda será, dentro de su interior, en el mundo de lo onírico. El marinero pradiano pasa de la realidad al mundo de la alucinación, se convierte en un hipnógrafo desalentado: «Júntase la memoria, / y escoge entre las lunas / de sus espejos flojos / la imagen más severa: / dulce farol de estirpe, / que deshilando enojos, / derrámase en el sueño / dando sangre a su vena» [pp. 183-41].

La vuelta se produce porque la búsqueda no acaba y el desaliento consume las horas. Se produce un retorno, el viaje es cíclico, no acaba, como el tiempo que es también cíclico, «siempre nuevo y el mismo» [p. 225], y a la noche le sigue el día.

Es ésta una nueva oportunidad para reencontrarnos con una primera etapa poética de uno de los personajes impulsores de la generación del 27. Poesía que había caído en un injusto olvido, quizá debido también a que el propio Prados, a la hora de antologarla en 1954 para Losada prácticamente desdeñó en su totalidad. Pero si juzgáramos siempre la obra poética bajo el criterio exclusivo de su autor, ¿qué hubiera sido de la *Eneida*?